

IDOLO E ICONO EN LA EXPERIENCIA CRISTIANA DEL APOCALIPSIS

LUIS MARIA GUERRA SUAREZ
CENTRO TEOLOGICO DE LAS PALMAS

INTRODUCCION

La teología del último libro de la Biblia, el Apocalipsis, sin lugar a dudas, es una teología simbólica. A través de los símbolos e imágenes el autor trata de hacer una reflexión desde la fe cristiana sobre la historia y sobre los mecanismos que se desarrollan en ella. La utilización de los símbolos, propia de la cultura oriental, la mirada contemplativa de la realidad, la lectura profética de la misma, los variados parámetros y categorías de la tradición bíblica envueltos en la novedad cristiana son, entre otros, los ingredientes necesarios para comprender justamente esta obra.

El ser humano se expresa por lenguajes muy diversos. Y estos lenguajes ni todos se emplean de la misma manera, ni todos se utilizan con el mismo objetivo, ni todos llegan a expresar lo mismo. El símbolo llega donde el concepto no llega, y viceversa. Por una parte, el concepto nos ayuda a precisar, pero la realidad queda circunscrita en la determinación de la idea. Por otra, el símbolo en sí mismo es evocativo, sugerente, y sugestivo, lanza al infinito de lo real posible o de lo imposible real, empuja a una reflexión provocativa; sin

embargo, tiene como peligro, si se puede hablar de peligro, que uno se disuelva o se pueda disgregar en ellos. Es cuestión de utilizar el lenguaje adecuado, para la experiencia que queremos transmitir, reconociendo los límites de cada uno.

Pero... ¿qué tendrá el símbolo que cuando el ser humano tiene que expresar lo más íntimo de sí mismo o cuando desea revelar aquello que le toca en lo más profundo no utiliza un lenguaje lógico o matemático sino el lenguaje de la imaginación y de la fantasía? ¿qué contienen los símbolos que cuando los místicos de cualquier tradición religiosa, ya sea occidental u oriental, para poder expresar su experiencia han tenido que utilizar las imágenes hechas lenguaje o un lenguaje hecho pintura simbólica? ¿qué llevan dentro de sí los símbolos que cuando enamorados, poetas y soñadores de la realidad han querido manifestar el misterio que experimentan y que es común a todo ser humano, el lenguaje de la lógica, de la metafísica o de la racionalidad no lo han encontrado apropiado, y han preferido el lenguaje de las imágenes? Nuestra época, cultura postmoderna y sociedad lejos de olvidar el lenguaje simbólico o el mundo de las imágenes lo ha redescubierto de forma sorprendente, quizá no de forma tan gratuita como en épocas pasadas, pero sí igual o más valorada, y si no que lo diga el cine, la propaganda, los medios de comunicación, el marketing...

Nosotros reconocemos que una *imagen vale más que mil palabras*, pero también que *una palabra a tiempo es una victoria*, pues ésto es el Apocalipsis una imagen hablada, una pintura comentada, un diálogo litúrgico provocativo, una asamblea que diseña simbólicamente su teología, un símbolo explicado y amasado con la vida de las comunidades. Es en este lenguaje y en este universo de expresión donde se sitúa una de las últimas tradiciones del NT. El último libro del canon bíblico es y está envuelto en una teología narrativo-simbólica. El Apocalipsis es un bosque de símbolos y un mar de imágenes que tratan de responder no a preguntas esotéricas, futuristas, desencarnadas, y fantasiosas,... todo lo contrario; se trata de responder a los interrogantes de las distintas comunidades cristianas de aquella época, fundamentalmente de la llamada tradición joánica, pero también de las cuestiones que se plantean y plantearán las generaciones sucesivas de creyentes. Algunas de estas cuestiones recorren todo el libro, y son elemento conductor de toda la obra. De entre ellas, presentamos ahora simplemente tres:

a) En primer lugar, los interrogantes nacidos de las tensiones sociales. Es decir, la extensión del cristianismo, la relación entre Iglesia y Sinagoga, la inserción de las comunidades cristianas en medios urbanos. La situación política de Asia Menor, ya ha creado algunas bajas, ya van apareciendo las primeras víctimas, la crispación es creciente,... y las preguntas son inmediatas. Entre otras, las comunidades plantean cuestiones como éstas: si nosotros decimos y proclamamos que Cristo es Señor de la Historia, ¿por qué hay víctimas

de los nuestros? ¿la fe solamente sirve para resistir o también para combatir? ¿y el combate como debe hacerse? ¿quién es el que realmente es dueño de la Historia, el que está sentado en el trono de Roma o Aquél al que nosotros llamamos el Cordero degollado? Si es el Señor Jesús ¿por qué Roma aparece más poderosa que nuestras comunidades, y los nuestros son llevados a la muerte? ¿a quién de verdad pertenece la historia? ¿cómo interpretar adecuadamente el misterio, orientación y sentido de la misma?

b) En segundo lugar, las cuestiones que surgen sobre el cómo afrontar el mal. Si la fe cristiana afirma y profesa como su centro el Misterio Pascual (Muerte y Resurrección) ¿qué relación existe entre Cristo, las víctimas de la historia y la superación del mal?, ¿cuáles son sus mecanismos? ¿cómo se combate un mal que no es simplemente individual o personal sino también estructural y social? ¿los males de la historia son siempre los mismos? ¿si son los mismos cómo va a tener la comunidad cristiana la pretensión de combatirlos? ¿la política despótica, la economía opresora, la fuerza militar represiva, la filosofía justificante de un sistema, la falsa religión,... cómo se combaten y superan desde el Misterio Pascual?

c) En tercer lugar, las preguntas que brotan de la relación entre las celebraciones litúrgicas y la realidad social. Reconociendo que nuestras celebraciones litúrgicas tienen como centro el mismo centro de la fe, es decir, la victoria de Cristo sobre la muerte y el pecado, ¿qué tiene que ver esto con las circunstancias sociales en las que viven nuestras comunidades? ¿qué relación existe entre liturgia, vida y testimonio martirial? ¿qué vinculación descubrimos entre liturgia y compromiso hasta la muerte? ¿qué lazos de unión existen entre Eucaristía y lectura profética de la historia? El canto, los textos bíblicos, los signos litúrgicos, las celebraciones, el ritmo celebrativo ¿qué dimensión social tienen? Pero sobre todo, desde el Misterio Pascual, ¿cuál es la verdadera imagen de Dios, los signos por los que descubrimos su verdadera identidad y los signos por los que descubrimos la idolatría? ¿cómo se encarna en la política, economía, filosofía, religión,... la idolatría? ¿qué relación existe entre idolatría y su opuesto, el Misterio Pascual?

Estos tres denominadores o líneas de comprensión con sus diversos matices, y otros como éstos, se extienden a lo largo de todo el libro. Escojo en esta comunicación el último y en especial ¿a qué llama el Apocalipsis idolatría? ¿cómo intuirlo y combatirla? ¿cómo entiende el Apocalipsis una auténtica, apasionante y liberadora experiencia de Dios, revelado en *el Cordero Degollado pero en pie*, y manifestada por el Espíritu que habla a las Iglesias?

Si el símbolo es un canal de expresión privilegiado para comunicar el misterio de la realidad, podríamos decir que el Apocalipsis de forma privilegiada utiliza el universo simbólico para hablar de la auténtica

experiencia de Dios y para denunciar la opresora o falsa semblanza de la trascendencia. El autor constata, en primer lugar, que no cualquier imagen de Dios es válida, bíblica, cristiana y liberadora; en segundo lugar, subraya que las representaciones de Dios ni son ingenuas o simplemente representaciones, sino que dicen y hacen mucho más de lo que aparentan a primera vista. Una falsa imagen y representación de la Trascendencia lleva a la muerte y a la desfiguración del sueño de lo creado. Sin embargo, las imágenes auténticas de Dios intuyen, expresan y comunican el misterio de quien hablan y libera a quienes las contemplan; en tercer lugar, afirma que tanto las imágenes falsas de Dios como las verdaderas no sólo existen en las cabezas, pensamientos o reflexiones de determinados individuos, las verdaderas o falsas imágenes de Dios también se hacen estructuras, ideologías, culturas, literaturas, filosofías, políticas, teologías, credos, o religiones,... Cuando las imágenes que se presentan de Dios se oponen a su proyecto y sueño, éstas más que manifestarle le esconden, y se convierten en ídolo, en caricatura, en deformación, en perversión del ser de Dios. Cuando estas imágenes conectan con el sentido y deseo de Dios, la imagen se vuelve revelación y elocuencia, manifestación y sugerencia, se transforma en icono de lo divino.

Fiel a la tradición bíblica, para el Apocalipsis, el pecado peor del pueblo de Dios es fundamentalmente la idolatría, es decir, preferir los falsos dioses, las falsas imágenes de Dios en lugar del Dios que lo ha engendrado como pueblo; dar credibilidad a lo que no es, y creer que el vacío da sentido a lo creado, expresado magníficamente en el Sal 113b,4-8: “tienen boca pero no hablan, tienen oídos pero no oyen, tienen nariz pero no huelen, tienen pies pero no caminan”. Dicho de otra forma, ¿qué son los ídolos según la experiencia de Israel y que retoma el Ap? Son aquellos (imágenes, figuras, ideas, filosofías, estructuras, religiones, pensamiento, concepciones...) que se llaman y se les toma como dioses, pero fueron creados; tienen forma humana, pero es producido por el hombre, parecen vivos, pero están muertos y engendran la muerte del hombre; tienen semejanza a la realidad, pero enpequeñecen la realidad. Sin embargo, cuando el pueblo de Dios tiene experiencia auténtica de las entrañas de Dios, reconoce que ninguna imagen ni representación es manifestación exacta del Misterio, y la mejor representación suya es la que Dios da de sí mismo, no la que el hombre realiza sobre Dios. Cualquier símbolo que quiera ser vehículo de comunicación sobre Dios, y de éste es consciente nuestro libro, no es sino *tierra sagrada ante la que arrodillarse* porque el Misterio está debajo de ella y la trasciende, el Misterio utiliza al símbolo superándolo. El mismo hecho de utilizar los símbolos para expresar a la Divinidad evoca y confiesa al *Dios siempre mayor*, mayor que la cabeza y que el corazón del ser humano.

Por tanto, el último libro de la Escritura Santa, teniendo en cuenta su característica forma de hacer teología y de comunicar su mensaje, utiliza los símbolos para presentar la idolatría y para compartir la auténtica experiencia del Misterio divino, lo que es icono o ídolo, es decir, utiliza la teología simbólica para representar aquello que niega o afirma la verdadera y genuina experiencia de Dios. Veamos brevemente algunos elementos de cómo este libro representa al ídolo y al icono, las imágenes falsas y verdaderas sobre la divinidad. En un primer momento, nos acercaremos a las imágenes que representan al mal, ídolo y caricatura de Dios, simbolizados en el dragón, en sus secuaces (primera y segunda bestia), la concreción histórica de la Gran Prostituta y los reyes de la tierra, así como, los mecanismos directos del mal sobre la vida de los hombres. En un segundo momento, contemplaremos algunos símbolos de la visión trinitaria del Apocalipsis, los símbolos que sirven como iconos del Padre, Hijo y Espíritu Santo.

1. SEMBLANZA Y RADIOGRAFÍA DEL MAL, ÍDOLO DE DIOS

1.1. UN MISTERIO QUE TIENE SUS ESTRUCTURAS

El misterio del mal en lo que tiene de agresivo, blasfemo, desconocido y antagonista de Dios, aparece representado a través del dragón, una imagen mítica bastante socorrida en el mundo oriental. El texto más elocuente de semejante figura lo encontramos en el capítulo 12. La escena presenta una batalla escatológica entre la Mujer y el dragón. Pero ni la Mujer presenta unas mismas características siempre, ni el dragón es un simple animal. La Mujer es expresión profunda de un pueblo-comunidad y el dragón en su deformación horrible refleja el espanto del mal. Ambas figuras, Mujer como signo del Pueblo de Dios (antiguo y nuevo) y el dragón como realidad del mal, están en litigio permanente, y esta dialéctica se manifiesta a través de una lucha mítica, una batalla escatológica.

La Mujer es una Mujer luminosa (12,1), una Mujer embarazada (12,2), una Mujer perseguida (12,13-18). Mujer luminosa, transformada, envuelta en la trascendencia de los astros (sol, luna y estrellas), es decir, un pueblo llamado a la comunión y experiencia sublime de Dios y que ya está en contacto con Él. Mujer embarazada (12,5) cuya descendencia es un varón, por tanto, un pueblo que engendra al Mesías en cada generación. Una mujer perseguida, que es lo mismo que decir un pueblo y una comunidad en medio de crisis y desiertos por fidelidad a Dios en los avatares de la historia. Tres dimensiones de una misma realidad, tres dimensiones de la comunidad que, como la comunidad de la Alianza primera, se refieren al mismo pueblo, pero no a la misma situación del pueblo. Esta Mujer luminosa, embarazada, y perseguida que representa a la

Iglesia-Pueblo en las diversas situaciones posibles se enfrenta al mal representado en la figura del dragón.

A su vez, el dragón, misterio del mal que trasciende la historia, se manifiesta también en ella, y ejerce su dominio en los repliegues del tiempo, a través de dos bestias (13,1-18). La primera representa al poder político-económico (13,1-10). La segunda, también llamada el falso profeta (13,11-18), representa la ideología o propaganda filosófica-religiosa que legitima a la primera (poder económico-político) y al dragón o misterio del mal. Tanto en la primera como en la segunda se repite de forma insistente la expresión “se le entregó”. Ellos, ambos poderes, primera y segunda bestia, son simplemente delegados, servidores, seguidores y esclavos de la misma realidad negativa que les une y quien tiene la iniciativa.

Dragón, primera bestia y segunda bestia, son tres elementos íntimamente relacionados e interdependientes, sabiendo que el Dragón tiene la iniciativa y las otras dos están a su servicio. El mal, necesita un poder político-económico que le sustente y un poder ideológico-religioso que lo legitime. El dragón ejecuta sus planes por la primera y la segunda bestia, se mueve y desarrolla por ambas, y exactamente igual que el dragón, éstas (las bestias) son una realidad deformada y deformante. El mal (dragón) necesita una fuerza militar y una economía que le ofrezca estabilidad, pero será la ideología o la religión falsa la encargada de mantener a los hombres en su propio mundo, manteniendo de forma permanente el sistema establecido, el orden constituido y las consecuencias de dicho sistema para provecho de algunos.

1.2. UN MISTERIO QUE POSEE SU PROPIO FUNCIONAMIENTO

Así también, el misterio del mal aparece en el Apocalipsis con su propio funcionamiento, con sus estrategias y con sus plataformas de actuación. El libro se encarga magníficamente de resaltar que las victorias que el mal tiene son siempre victorias parciales, pero también recuerda que el mal funciona directamente en la vida de los hombres y en el corazón humano por medio de mecanismos directos simbolizado en las *langostas* y en el *ejército infernal*.

En primer lugar, *las langostas*, una plaga temible para todo pueblo y para la agricultura de todo pueblo (9,1-12), es símbolo de la destrucción a través de un devorar casi monstruoso. Curiosamente, en esta ocasión el objetivo no son los árboles o la hierba propio del alimento de las langostas sino los hombres. El objetivo del mal está sobre todo en el corazón del ser humano y sobre todo de los que no se protegen con valores alternativos a la mecánica satánica. Ésta, en sus resultados, es por el anverso las consecuencias de un comportamiento y por el reverso el castigo de Dios. En segundo lugar, el *ejército Infernal*, una tropa

con un estilo infame y con un trabajo desolador (9,13-21). El Ejército Infernal expresa simbólicamente los medios que el mal tiene para que la idolatría seduzca y haga caer en la tentación del poder y de la riqueza utilizando los canales, aparentemente legítimos, de una inteligencia, oratoria y fuerza descomunal, que produzca en el corazón del ser humano y de la sociedad el grito de fascinación que pretende todo coloso: *¿quién puede ser mayor que la bestia? ¿Quién es capaz de luchar contra ella?* (13,4b).

1.3. UN MISTERIO QUE SE EJERCE A TRAVÉS DE UNA CONCRECIÓN HISTÓRICA

El mal, necesitando un poder político-económico y una ideología que le desarrolle y sostenga, también necesita que este poder político-económico y religioso se concrete en una realidad histórica bien precisa, en un centro histórico de operaciones y decisiones, que, en el tiempo del autor, era Roma, pero que puede ser cualquier realidad humana en los siglos y en los imperios venideros. Además, para el libro del Apocalipsis el centro de poder, sea el que sea a lo largo de la historia, será el lugar del lujo, del consumo y de la vida licenciosa, representada en la imagen de la Gran Prostituta (Ap 18). Y ésta como ciudad y estructura, como institución política y social necesitará mil y una relación o trato de poder con otros similares, iguales y semejantes a ella para seguir siendo aquella que plante la hegemonía, por imposición o seducción, en el espacio y en el tiempo. Si la Gran Prostituta es una plataforma de poder concreto (Ap 17,1-18), los que colaboran con ella también lo son, representados por los reyes de la tierra (Ap 19,19), esas otras naciones que apoyan al poder y a la potencia política del momento, aquellos que le apoyarán mientras ella triunfa (18,1-18), la apoyarán económicamente, militarmente y políticamente; pero la abandonarán por otra cuando ésta vaya desapareciendo o se sienta más débil (Ap 19,9-24).

2. LA IMAGEN DE DIOS QUE SE TRANSMITE EN EL APOCALIPSIS

Veamos ahora algunos de los símbolos e imágenes que el Apocalipsis utiliza para diseñar y representar a Dios. Estas imágenes evocan la inmensidad misteriosa de sus entrañas, la realidad compleja de la que se habla, una tradición y recorrido bíblico reciclado en el crisol de la experiencia cristiana. Analizo las imágenes empleadas para evocar el Misterio teniendo presente algunos símbolos otorgados a cada una de las Personas de la Trinidad.

2.1. LA TRASCENDENCIA DE DIOS

En un marco cultural y social en el que se situaban las distintas comunidades cristianas, un ambiente politeísta, plurireligioso y filosófico como era el de Asia Menor, (con sus templos, por ejemplo en Efeso, dedicado a Artemisa, en Pérgamo a Zeus, o los templos a Roma y al Senado Romano, en definitiva, un mar de imágenes y templos a divinidades venidas bien de Occidente y sobre todo de Roma, o del lejano Oriente, especialmente de Mesopotamia, o de las mismas tradiciones religiosas nacidas en las distintas ciudades de la región); en una zona, que era trampolín para acceder a Oriente Medio pero, al mismo tiempo, puente de ida y venida para el comercio y las distintas filosofías, el Apocalipsis planteó una nueva forma de concebir a Dios y de intuir la Trascendencia. Frente al politeísmo afirma la unicidad de Dios, propia de la tradición bíblica. Frente al uniformismo político, un Dios comunitario, un Dios trinitario, propio de la tradición cristiana. Les propongo contemplar algunos elementos del Dios uno y trino que sirven para confesar la fe de la comunidad y contrastar estas imágenes o iconos de la divinidad con las anteriores o ídolos:

a) Por una parte, desde el principio de la obra, a Dios se le presenta como una Unidad comunitaria, como una pluralidad común, una realidad misteriosa comunitaria. Tanto la presentación que se hace de Dios en 1,4-5 en la obertura del libro, como en la presentación que se ofrece de Dios en la Jerusalén celeste llegada la conclusión del libro (Ap 21-22), es un Dios-Comunidad. En el comienzo del libro se afirma: *gracia y paz de parte del que es, del que era y del que está a punto de llegar; de parte de los siete espíritus que están delante de su trono, y de parte de Jesucristo, el testigo fidedigno*. Al final del libro (21,22-22,1) se le contempla como: *No vi en él templo alguno en la ciudad, pues el Señor Dios todopoderoso y el Cordero son su templo... Me mostró entonces el ángel un río de agua viva transparente como el cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero*.

b) Así mismo, el libro del Apocalipsis afirma rotundamente la trascendencia de Dios, "el Dios siempre mayor". ¿Cómo lo consigue presentar? El mismo genio literario se hace evidente en este caso. No por casualidad, Dios en cuanto origen de todo, el Padre de lo creado, Dios Padre solamente habla, solamente interviene en dos ocasiones, únicamente al comienzo del libro y al final, solamente en estos momentos. Por tanto, al principio de la narración en la visión inicial (1,8) y en la Jerusalén celeste (21,5). Entre el principio y el final del relato no hay ni una sola intervención de Dios Padre, destacando con esto que solamente es a Cristo a quien se le entrega la historia y por tanto, a quien pertenece la intervención en la historia, y más directamente en la comunidad por medio del Espíritu Santo. Así también, hay una cosa más de cara a subrayar la trascendencia de Dios, y es

ésta: nadie, absolutamente nadie, en toda la narración toca el trono o al que está sentado en el trono, solamente es *el Cordero degollado, pero en pie* el que toma de la mano derecha del que está sentado en el trono el libro sellado con los siete sellos (5,7). Es decir, el que “a lo sumo” está a su lado y lo más cercano posible al trono, pero no le toca, es el Cordero degollado quien toma de su mano derecha el libro sellado. Con ello, se destaca que Dios en su misterio es trascendencia absoluta, y el único que nos capacita para llegar a El es el *Cordero degollado, pero en pie*.

c) A Dios Padre se le califica desde el comienzo del libro con un dato sorprendente *el que es, el que era y el que viene* (1,8). El tiempo es visto en la eternidad de Dios y a Dios se le describe en la triple dimensión temporal, pasado-presente-futuro. Así pues, con este título, cuando se habla de Dios, se le vislumbra como el que permanece en el tiempo, tanto para el presente como para el pasado, *el que es, el que era*, pero cuando se refiere al futuro, no tanto se le describe con el verbo *ser* sino con el verbo *venir o visitar*. El futuro es visto, según el Apocalipsis, como el tiempo de la visita de Dios, de la llegada de Dios, del Dios que proviene del mañana, del Dios que garantiza a la comunidad un porvenir. Además, la expresión *el que es, el que era y el que viene* no es simplemente una afirmación sobre la grandeza eterna de Dios, sino que es también una afirmación antagónica contra la pretensión de la primera bestia, ya que a ésta se le define *el que es, era, pero ya no es* (17,11).

2.2. CRISTO, SEÑOR DE LA HISTORIA

a) El que tiene y conoce el sentido de la historia

El Apocalipsis presenta a Cristo como el Único que es capaz de interpretar los signos, acontecimientos y sentido de la historia. La Historia le pertenece a Cristo, Juez y Señor. Para comprenderlo nos acercamos al capítulo quinto. En este capítulo se produce un drama interesante. El vidente ve un libro sellado con siete sellos en la mano derecha del que está sentado en el trono (5,1-8). El libro representa el sentido de la historia, el misterio de la historia, no tanto los hechos de la historia cuanto el misterio que en ella se encierra. La mano derecha que sostiene el libro expone la intervención de Dios sobre el tiempo y el espacio, intervención llevada a cabo por *Aquél que está sentado en el trono*. Un ángel le pregunta al vidente que quién puede abrirlo y obtiene como respuesta la asombrosa y nefasta contestación de que nadie puede (5,5-7). Es decir, nadie puede interpretar el misterio oculto del tiempo y del espacio. Lo que produce en el vidente llanto, amargura y dolor. A ésto el ángel responde que sí existe alguien que puede abrir el libro sellado: el *Cordero degollado, pero en pie*. Es decir, el Cristo muerto y resucitado, el Señor Jesús, en su misterio de muerte superada y vida donada. El es el secreto y la llave del misterio de la historia.

Pero el Apocalipsis no se queda aquí. Para el autor de este libro, la historia no solamente puede ser interpretada perfecta y únicamente por Cristo, sino que El trabaja dinámicamente en sus canales subterráneos expresados a través del símbolo del *Caballo blanco* (Ap 6,1-2), asumiendo sus contradicciones y sobresaltos, en espera de que un día sea Él mismo quien llegue a juzgarla con el arma de su palabra, el cetro de su autoridad y la compañía de los suyos, simbolizado al final de la narración en *otro Caballo blanco* con una espada en su boca (Ap 19,11-16).

b) Un Dios solidario con las víctimas de la historia

Un dato que subraya decisivamente este libro es que Cristo conoce perfectamente la historia, pero no solamente porque es Dios, sino porque desde dentro de ella fue víctima y desde dentro de ella superó las causas que le llevaron a la muerte. Aún más, se puede perfectamente afirmar que la teología de la historia que el Apocalipsis presenta es una cristología desde las víctimas de la historia. Uno de los títulos cristológicos más importantes del Apocalipsis es: *Cordero degollado, pero en pie* (5,6). Es Cordero degollado, es decir, víctima, llevado a la muerte, muerte injusta de un inocente, asesinato del débil y opresión del poderoso, pero esta muerte fue superada por la misma resurrección, expresada por el símbolo *pero en pie*, que es lo mismo que decir, erguido y levantado como vencedor. (5,6). Exactamente igual que en otro texto anterior se afirma: *estuve muerto, pero ahora vivo* (1,18). El es esperanza y promesa de aquellos que creen que el futuro le pertenece a una fuerza superior a la muerte y al mal, los que creen en *el león de la tribu de Judá y en el retoño de David* (5,5). Por tanto, es el Cordero degollado quien interpreta la historia como muerto y vencedor de la muerte. Dicho de otra forma, Cristo se une a todas las víctimas de la historia para desde ellas realizar la verdadera y auténtica interpretación de la misma, representada entre otras imágenes en *las almas de los mártires debajo del altar* (6,9), que a su vez, son el contenido del quinto sello (6,9-11).

Así también, el Misterio Pascual, muerte y resurrección, es un misterio que se repite en la vida de cada creyente, representado en la figura de esa multitud vestida con vestiduras blancas que viene de la gran tribulación blanqueando sus vestiduras en la sangre del Cordero (7,13-15), o los ciento cuarenta y cuatro mil sellados (7,4-8), o los dos testigos (11,1-14). Por tanto, ¿qué es un cristiano para el último libro del canon bíblico? El cristiano es aquél que revestido del Misterio Pascual, representado en esas vestiduras blancas, pasando por la gran tribulación, y siendo marcado con el sello salvador sin comprometerse con el mal, es capaz de dar testimonio del Cordero degollado hasta el final, y por éso, entra en la Jerusalén celeste que es el ámbito de la vida y de la felicidad (21-22), lugar de la plena comunión con Dios y con lo creado.

c) El Señor que preside la asamblea comunitaria

Desde el comienzo hasta el final del libro, la liturgia, y el Señor que se hace presente en ella, aparece como ese ecosistema en el que vive la comunidad. Aun más, todo el Apocalipsis es un libro para ser proclamado en medio de una asamblea que reza, alaba, reconoce y profundiza las proezas de Dios en el espacio y el tiempo a través de Cristo que, con la fuerza del Espíritu, anima a la comunidad perseguida en medio del mundo.

La primera visión que Juan, el vidente de Patmos experimenta, la sitúa en una celebración dominical, en la *fracción del pan*, en el Día del Señor (1,10). La segunda visión es un *ser con figura de hombre* (1,13) y éste aparece con unas características corporales más semejantes a Dios que a los hombres, revestido de ropas sacerdotales y envuelto en elementos litúrgicos ya que llega a presidir la asamblea de los que se reúnen en su nombre (1,12-20). Así pues, el autor ofrece, ya desde los inicios, la imagen de un Cristo resucitado, con grandes tintes litúrgicos vetero y neotestamentarios. Un Cristo que está presente en la comunidad pero, al mismo tiempo, su llegada es inminente bien para animarla o corregirla, como por ejemplo en la carta a Pérgamo: *si no te conviertes vendré a ti con la palabra de mi boca* (2,16), o para invitarla a un banquete especial: *mira que estoy a la puerta llamando, si alguno me oye y mi abre entraré y cenaré con él y él conmigo* (3,20). Un Cristo que se pasea en medio de cada Iglesia (se pasea en medio de los candelabros 1,12) y que tiene el destino de cada una (las estrellas en su mano derecha 1,16). Y la misma Jerusalén celeste, al final del libro, se dibuja con tintes litúrgicos, pero una liturgia que supera las mediaciones históricas (21,22-27).

2.3. UN DISCERNIMIENTO PERMANENTE ANIMADO POR EL ESPÍRITU

a) La plenitud del Espíritu en medio de la Comunidad

El Espíritu, desde que comienza el libro del Apocalipsis, aparece, como en las cartas paulinas y en otros textos neotestamentarios, con la función de motor, motivo y causa, igual que el Padre y el Hijo, de la paz y gracia de la Comunidad, llamándole en este caso “los siete espíritus que están delante del Trono” (1,4), es decir, la plenitud del Espíritu.

Pero es el libro del Apocalipsis uno de los libros que más destaca la relación entre Cristo y el Espíritu respecto a la Comunidad. La relación entre Cristo, el que posee *los siete espíritus* (Ap 3,1) y el Espíritu Santo, vinculándolo a la comunidad, es evidente: a) el mismo libro del Apocalipsis es escrito bajo la acción del Espíritu (Ap 1,10, 4,2; 17,3; 21,10), b) el testimonio de los creyentes es animado por el Espíritu (Ap 19,10); c) el Espíritu de vida proveniente de Dios supera y combate la muerte de los testigos que simbolizan a la Iglesia en

su dimensión profética (Ap 11,11); d) el Espíritu en el septenario de las Cartas aparece como Aquél que mantiene actual la palabra de Cristo (2,7); e) suscita la dimensión profética de la comunidad; f) y es la comunidad la que pide insistentemente unida al Espíritu, envueltos ambos en un clima esponsal, a que sea inminente la llegada de Cristo (22,17).

b) El que educa a la Comunidad

El Septenario de las Cartas, es un septenario que prepara a la Iglesia para leer proféticamente la historia. Solamente si la Iglesia se prepara desde una conversión permanente y una relación profunda con Dios, ella estará apta y disponible para leer sabiamente el paso de Dios y la voluntad de Dios en la realidad. Las Cartas a las siete Iglesias (Ap 2-3) tienen más o menos una estructura similar, siendo el primer elemento el remitente y la dirección de cada carta, luego el desarrollo en el que aparecen los elementos positivos o negativos de cada comunidad, y por último la indicación a esa palabra de Cristo recordada, subrayada y actualizada por el Espíritu: (2,7). El Espíritu Santo, por tanto, se descubre, en comunión con la tradición joánica, como Aquél que educa, habla, recuerda, actualiza y rememora la Palabra de Cristo a cada una de las comunidades.

Así también, el Apocalipsis abre y cierra sus páginas aludiendo a las palabras proféticas del mismo libro y, en medio de su desarrollo narrativo, exige a la comunidad que utilice la sabiduría, la inteligencia contemplativa, la mirada iluminada para conocer y averiguar de forma sapiencial el número de la bestia, que es un número humano: 666 (13,18). Así pues, el último libro del canon neotestamentario comprende la vida cristiana como un ejercicio sabio que tiene como horizonte la lectura profética de la historia; o dicho de otra manera, una profecía actualizada en el tiempo y en el espacio que exige previamente la sabiduría del Corazón de Dios. El que realiza esta acción y el que apoya a la comunidad cristiana en esta tarea de discernimiento permanente es el Espíritu.

c) El que asegura la felicidad que produce la fidelidad

En el capítulo 14, después del Cántico Nuevo (14,1-15), y en medio del Mensaje irrevocable, (14,6-13) se oye una voz del cielo que proclama una afirmación crucial: *Dichosos los que mueren en el Señor, sí lo asegura el Espíritu, porque le acompañan sus obras* (14,13). En el Apocalipsis encontramos siete bienaventuranzas, una de ellas viene confirmada y asegurada por el mismo Espíritu. Y su contenido no es otro que éste: la fidelidad llevada hasta el extremo, los fieles *que mueren en el Señor*, tienen que sentirse felices porque sus obras, su fidelidad hasta la utopía son el mejor argumento contra la muerte, contra las causas de la muerte y los mecanismos de la muerte.

Estos son algunos elementos que he querido compartir con ustedes como tesoro y pepitas de oro que se esconde en las páginas del Apocalipsis y que me parecen sugerentes para intuir una imagen auténtica de Dios, icono de su infinitud y cercanía, frente a las falsas imágenes de la Trascendencia, antiguas y nuevas, que se convierten en verdadero *ídolo*, perversión de las entrañas de Dios y opresión de la grandeza del ser humano.

Luis María Guerra Suárez